

Procuré hacer un pacto...

José David Pujante

Procuré hacer un pacto contigo en el principio. Tras haber satisfecho el impulso violento de nuestros corazones, aún entrelazados, soñadores de bellos futuros en común, procuré muchas veces detener tus avances, sin precaución, por mi terreno virgen, permitiéndole todo a tu bota conquistadora. Ya me avisaba entonces tu terco deseo por no dejar lugar sin poseer en mí que había de convertirse un día no muy lejano tu presencia perenne —Jano de mi locura—, tu observación perenne de todo lo que hago, en punto de conflicto para nuestra armonía.

Comprendiendo este punto, entonces procuraba —sin dejar las caricias, aunque atemorizado y alerta— entretener tus embates poderosos con razones sin cuento para que me dejaras vivir en el lejano extremo de mi soledad necesaria. Te hablaba de los años que había estado solo, de lo celoso que es un poeta de sí, de tanto personaje que transita una mente entregada a lecturas en infinitos hastíos; todo por obligarte con corteses palabras a detener tu impulso al borde de mi sancta sanctorum, voluntario. Pero no lo entendiste. Quizás por ignorancia. Quizás porque tus ansias eran tan desbordantes en tu primer amor para conmigo que no pudiste calibrar el riesgo. Quizás porque —sospecho algunas veces, cuando no puedo ser ya comprensivo— tus celos y tus egoísmos, junto con tus incontrolados anhelos por ser lo único en mi terreno virgen, te impulsaban.

Quizás no hablé muy claro, aunque lo dudo; ¡fueron tantos los goces que llevaron a la misma conversación serena! Quizás no fui lo duro que debiera; ¡por la delicadeza, pierdo tantas batallas!

Pero el caso, querida alma torpe, es que el tiempo, que alborotaba el ansia, que avivaba el deseo de encontrarte como el soplo en el alma de una hoguera, ahora es agua sin tregua en las cenizas. Y los libros que concedí a tus ansias, los amigos que puse ante tus ojos, el mundo entero que me arrebataron tus deseos de ser uno conmigo, son lo que nos separa más ahora, son el objeto de nuestras disputas; tú te vas destruyendo en este territorio ajeno, que no dominas y que aborreces; yo procuro salvar, asustado y angustiado, del manotazo ciego que das en tus revueltas los restos de mí mismo.